

buian ellos la virtud de purificar el aire infecto de los pantanos.

Sin embargo, todo mi arte no llegaba á obtener de los chinos ayuda para construir otro rancho en que se abrigaran mis dos enfermos, y tuve que ensayar el medio de hacerlo yo misma. Habia visto á bastante distancia dos árboles que se unian estrechamente por sus ramas superiores, y comprendí que podian servir á mi propósito. En dos dias corté una gran porcion de yerba *tora*, con la cual cubrí las ramas de los árboles. Además hilé la lana de una piel de cordero y con estas hebras, yerbas y unas varillas largas, fabriqué una especie de estera, que puesta encima de todo, formaba un techo bastante impenetrable. No tuve la fuerza ó el talento necesario para construir las paredes; pero en fin, instalados bajo este abrigo, estábamos ya mejor que á la intemperie.

Los tigres erraban en las cercanías de nuestra cabaña: sobre todo habia uno, que segun decian, estaba muy ávido de carne humana, siendo ya muchas las personas que habia devorado. Una noche, abrumada de fatiga y de pena, me quedé dormida sobre la yerba á unos cien pasos de la choza. El tigre pasó junto á mí, pues alguien lo vió detenerse y retirarse despues. Sus huellas amanecieron en efecto grabadas en la tierra al dia siguiente, y aquel mismo dia la fiera se arrojó sobre una familia dormida, devorando á un niño y mordiéndolo á su padre, que al fin pudo librarse haciendo uso de su lanza. La misma madre, fugitiva y loca de dolor, fue quien nos refirió á su paso tan horrible escena.

VIII.

¿Qué fin podia yo preveer en nuestra desgracia? Ya no esperaba salvar á mi esposo. Pero á lo menos, me decia, si antes de morir recobrara la razon, sabria cuánto lo he amado y sus últimas palabras me indemnizarian de todos mis sufrimientos.

Prosigamos nuestra historia. Una gran sequía sobrevino luego: no era posible hallar una gota de agua, teníamos que apagar la sed humedeciéndonos los labios con el jugo de las yerbas. Algunas veces iba á lo lejos buscando parajes hondos, ordinariamente húmedos, y me revolcaba allí para templar mi ardor. Hasta mis lágrimas se habian agotado y mi vista se turbaba.

Una disentería horrible vino á poner colmo á la dolencia de mi esposo y á mis sufrimientos.

Un dia que yo traia á cuestras un haz de leña, una rama me hirió violentamente el pecho y caí en tierra sin conocimiento. Cuando volví en mi acuerdo, hallé por todas partes la compañía de todas las penas, las sombras de la noche. Sí; era ya de noche y apenas pude arrastrarme á la choza.

La piel se me caia de la cara, de los hombros, de las piernas... No tenia mas ropa que la puesta hacia ya cuatro meses, y... ¡miserable de mí! ni siquiera habia podido lavarla.

Creyéndome sola un dia en el bosque, me desnudé para lavarla, envolviéndome en una manta vieja de mi esposo. En esto apareció casualmente el pobre Unzaga: su presencia hizo en mí tal impresion de vergüenza, que me eché á llorar amargamente.

Ya no se hablaba de cambiarnos el destierro y me dije que era menester pensar en el porvenir. Al propósito descuajé un espacio de tierra y trabajé algunos dias en hacer una sementera. Despues descansé complacida en mi obra y esperaba mi cosecha; pero muy luego vinieron los soldados y arrancaron todo lo que habia nacido, cumpliendo así, al decir de ellos, las órdenes de Ibarra.

Por lo demás, no era esta nuestra última etapa en el desierto; que muy luego nos trasportaron á un paraje que llaman la *Encrucijada*, por cruzarse allí dos caminos. Allí no habia mas refugio contra los indios que un bosquecillo inmediato, inseguro por pequeño; el terreno era mas estéril, el agua escasísima y los vecinos inaccesibles á todo sentimiento de piedad.

Iba yo un dia por agua á gran distancia, con mi cántaro á cuestras, cuando se tiró á mí un perro, mordiéndome y desgarrándome la ropa: por fortuna; acudió un chino y pude escapar, aunque no muy bien librada. Continuando mi camino, encontré luego un hombre extraño, una especie de monstruo: era un mestizo, hijo de un salvaje del Chaco y de una blanca. Su cara era enorme, su nariz sobremanera chata, sus labios horriblemente boleados y revueltos; apenas se le veian los ojos, que se asemejaban á los del jabalí. Sus manos, sus pies, sus pantorrillas eran descomunales. A su vista me detuve estupefacta, helada: no sabia en presencia de qué criatura me hallaba. Sin embargo, recogí todas mis fuerzas y me atreví á preguntarle dónde podria encontrar agua. El me contestó rudamente que fuera á los Bañados, á cuatro leguas de allí, y se alejó murmurando.

Un momento despues tuve mejor encuentro. Una buena mujer, al verme tan harapienta, pálida y agobiada, saltó de su caballo y vino á abrazarme preguntándome afectuosamente á dónde iba. Cuando se lo dije, me montó á la grupa, me condujo á un sitio, donde me dió agua, dos quesos, harina, y me trajo luego cerca de mi retiro; pero rogándome siempre que no dijera nada de lo que por mí habia hecho: tal era el terror que inspiraba el nombre del tirano.

Otro dia nos sorprendió una tempestad en un bosquecillo á donde habia trasladado á mi esposo. La oscuridad era profunda y el trueno rompía muy cerca de nuestras cabezas. A la noche aún no habia cesado

la lluvia. Yo no tenia ningun medio de encender lumbre. En nuestra choza tenia velas que yo misma fabricaba con girones y cera de los panales que encontraba en el desierto; pero esta vez fue preciso pasar la noche en las tinieblas, en la inundacion y el terror.

Hacia el amanecer, una calandria, oculta entre el follaje del mismo árbol que nos cubria, se puso á cantar. Unzaga me dijo que era un pajarillo semejante á una alondra: su canto era tan dulce y cadencioso, que sentí cierto alivio al escucharlo.

La dificultad de satisfacer nuestras precisas necesidades de comer y beber aumentaba cada dia: en octubre no tuvimos ya mas recurso que comer espigas de trigo verdes, que yo cocia con agua salobre. Este alimento nos producía grandes dolores de vientre y tuvimos que renunciar á este recurso.

Por entonces supe que informado de nuestros sufrimientos mi hermano, habia intentado visitarnos; pero en el momento de partir, Ibarra, nuestro implacable enemigo, le prohibió con terribles amenazas llevar á cabo su proyecto.

Se me olvidaba decir que en el tiempo en que aun teníamos provisiones y un rancho, la mujer de Unzaga, doña Rafaela Carol, pasó once dias con nosotros; pero no pudiendo sufrir por mas tiempo nuestras penalidades, se volvió á su casa, maldiciendo el dia en que habia puesto los pies en el desierto.

No sé esplicarme todavía cómo no fue víctima de la ferocidad de los indios. Una mañana encontré á la orilla del bosque una flecha de apenas media toesa y terminada por tres agudas puntas hechas de durísima madera. Yo la recogí y escapé medrosa, corriendo hasta nuestro albergue. Algunos momentos despues, salí á traer agua y á menos de 500 pasos, tropecé en una cabeza ensangrentada, la de un hombre de la vecindad á quien nosotros conocíamos; á poca distancia de él yacia el cadáver de una niña, hija suya, acribillada á lanzazos.

Los soldados que nos vigilaban á cierta distancia, aunque bien armados, no temian á los salvajes menos que nosotros. Una tarde llegó el sargento á preguntarme si sabia á dónde estaban los indios, refiriéndome que habian sorprendido á una señora de un pueblecillo inmediato, y despojándola de sus vestidos á pesar de sus gritos, se la habian llevado consigo. Yo le encargué por favor que si alguna vez me veia espuesta al mismo peligro, me diera un balazo, bien persuadida de que la nueva de mi muerte afligiria menos á mi familia que la de mi rapto.

—Juro á Dios que no, me contestó el sargentazo, mirándome horriblemente: no haré lo que usted me encarga; antes bien, si pudiera, la amarraria perfectamente, y luego iria á venderla á algun rico habitante de Montevideo.

Desde aquel dia no podia ver sin horror á aquel miserable, digno soldado de tales capitanes... de los bandidos. Y cuando me apercibia de su llegada, huia como de una irrupcion de indios bravos: todos eran para mí salvajes, sin escluir á Fierro, ni á Ibarra, ni á Rosas. ¡Oh! el doloroso recuerdo de mi atroz martirio, me da derecho á emplear estos calificativos. Y dije poco todavía: un tigre tuvo piedad de mí... aquellos hombres no.

En una de aquellas horas de angustia, estenuada y muerta de hambre, me ocurrió la idea de suplicar á mi familia que enviara por mí. Pero al punto rechacé la idea como una mala tentacion, como una cobardía criminal, é indignada contra mí misma, me prosterné arrepentida y rogué á Dios me perdonara. Luego me consagré con mas ardor todavía á la asistencia de mi esposo, á prolongar su existencia, á consolarlo. Pero ¡ay! no podia hacerme ilusiones: era visible que su fin no estaba ya lejano.

IX.

¿Qué mas diré? La queja del infortunio es muy monotoná. Mi esposo se puso peor: todos los dias tenia ataques de nervios y se desmayaba con frecuencia.

El 11 de febrero á las dos de la tarde, le dió una convulsion terrible. Yo estaba sola, pues por si nos sirviera de consuelo ó alivio la compañía de Unzaga, lo habian separado de nosotros. ¿Qué hacer? Estreché á mi esposo contra mi seno, procurando así contener sus violentos sobresaltos; pero me faltaban fuerzas para tanto. Entonces me alejé desesperada y andando á grandes pasos gritaba en la soledad de aquel desierto y volvia sola otra vez á sujetar al pobre enfermo. Conocí que se moria, y no esperando ya nada del hombre, me postré de rodillas y hablé en mis plegarias con Dios. Despues volví á abrazar al moribundo; pero agotada ya en aquella horrible lucha, me sentí desfallecer, y estremeciéndome violentamente como para morir tambien, perdí la vista y luego el conocimiento. Ignoro el tiempo que estuve desmayada. Cuando me desperté de aquel letargo, mi esposo estaba ya frio. ¡Oh! ¿Por qué, ni para qué volví yo de aquel deliquio de muerte?

Me acuerdo que en aquel momento, inmóvil de estupor, no derramé ni una lágrima. Mil pensamientos rodaban confusamente en mi cabeza y toda mi vida pasada se reprodujo en mi memoria como un cuadro. Un año antes era yo feliz, rodeada de afecciones, de bienestar, de dulces esperanzas, y en aquel momento sola en medio de un desierto, vestida de harapos, hambrienta, viuda, y ante el cadáver de mi esposo, que insepulto podia ser pasto de las fieras.

¿Era yo la misma mujer?

Unzaga volvió, bajó tristemente la cabeza y balbuceó algunas palabras para consolarme. Casi al mismo tiempo llegó un soldado y se lo llevó, sin permi-

tirle que diera un consejo á una mujer tan desamparada.

Y desamparada, sola, pasé la noche junto al cadáver de mi amado. Cierta ruidosa estraña venia de



Jaguar tigre de la América meridional.

vez en cuando á conturbar mas aun mi espíritu. Acaso las fieras, acaso los indios, acaso el miedo. Pero llegó un momento en que yo creia oír una confusion de gritos humanos, roncós, chillones, salvajes, horribles. Entonces huí de aquel paraje y penetré en el bosque, corriendo al través de las sendas sin osar detenerme ni escuchar. Asi llegué á una llanura, mas allá de cuyo espacio comenzaba una espesura impenetrable de zarzas y espinos. Allí me arrojé en tierra rendida, aniquilada, y allí pasé el resto de la noche, el dia siguiente y su noche.

Habia corrido la voz de que los indios me habian llevado consigo. Solo un hombre á quien yo le habia curado un brazo, se puso á buscarme. Habiendo reconocido mis huellas, las siguió, y despues de haberlas perdido y encontrado varias veces, llegó cerca de mí. Yo estaba casi muerta. El buen hombre me levantó y tomándome á cuestras, me volvió junto al cadáver de mi esposo.

Luego que recobré algunas fuerzas, rogué á aquel buen hombre me buscara caballos y un carro cualquiera en que llegar hasta el curato de Matara. Fué

á buscarlos, en efecto, pero no volvió hasta dos dias despues, habiendo tenido que andar 20 leguas para encontrar dos caballos.

Ya se adivinarán las angustias que tuve yo que pasar durante su ausencia. Tenia miedo de estar con el cadáver, despues de mis oraciones, y sin embargo, tenia que guardarlo para que no viniera á ser presa de los animales carnívoros.

Cuando llegó el caso de colocar el cuerpo en el

carro, se me dijo que no era posible. En efecto; los miembros se separaban. Fue preciso resignarme á dejarle allá y le di sepultura junto al sitio en que habia espirado. Dos hombres lo echaron en la fosa y Unzaga, á quien permitieron al fin viniera á estas honras fúnebres, puso á mi instancia un signo en la sepultura, para poder mas tarde trasladar los restos de mi esposo á tierra bendita.

—¿Qué va á ser ahora de mí? decia Unzaga luego.



Inhumacion de don José Libarona.

¿Quién curará mis úlceras? Me resignaré á morir solo, sin recursos, desesperado. ¡Adios, señora mia! Gracias por su caridad. Que Dios la consuele y la guie.

¡Pobre hombre! Su queja me desgarraba el corazón pero ¿qué habia de hacer?

Dime prisa á salir de aquel paraje donde dejaba la vida y me dirigí á Matara, donde se celebró un oficio de difuntos.

El comandante tuvo la audacia de reclamarme el *grillete*, los hierros que habia mandado poner á mi esposo. No quise ya ser prudente y le contesté mal.

TOMO V.

Nuestro carro caminaba lentamente; cuatro noches pasé sin él sin cerrar los ojos.

Cuando llegué ante nuestra casa de Santiago, una de mis hermanas me vió y gritó:

—¡Agustina vuelve! Libarona ha muerto.

Y yo pregunté á gritos tambien por mis hijas.

Mi madre y mi hermana Isabel acudieron al instante, trayendo á mis brazos á Elisa y á Lucinda. ¡Hijas de mi doloroso amor! ¿Qué mezcla de pena y alegría sentí en mi alma al abrazarlas! ¡Se parecian tanto á su padre!..

El doctor Monge estaba allí y mandó que me acos-

44

tara en seguida. Entonces vió mi familia todas las llagas de mi cuerpo, ya que solo Dios podía ver las de mi alma. Por espacio de un año no me había descalzado, á fin de estar siempre dispuesta á asistir á mi esposo ó á huir de los salvajes. Tampoco me había desnudado mas que una vez para lavar mi ropa, y en todo mi cuerpo habia señales de un trabajo superior á las fuerzas de una mujer delgada.

Mucho tiempo estuve postrada. Muchas veces me arrojaba de la cama por la noche, dando gritos de terror. Soñaba horriblemente, creyéndome aun perseguida por los indios, por las fieras, por los soldados de Ibarra.

Cuando me restablecí, abandonamos todo lo que poseíamos en Santiago y volvimos á Tucuman.

Al poco tiempo tuve el sentimiento de saber el deplorable fin de Unzaga. Reducido el pobre á alimentarse de raíces, pensó en escaparse y huyó; pero estraviado luego, cedió al desaliento y fué á implorar clemencia á los pies de Ibarra. El monstruo mandó á sus soldados que lo remataran á lanzazos.

Después de doce años de inútiles instancias, he podido obtener permiso para trasportar á Salta los restos de mi esposo, á cuya memoria he erigido un túmulo.

Muerto Ibarra (¡Dios lo haya perdonado!) su honrado sobrino, el general don Antonio de Taboada, quiso ver, en una de sus expediciones al desierto, el paraje en que mi esposo exhaló su último suspiro, y lo que es mas (hay que decirlo en honra suya), hizo construir á los mismos soldados que fueron nuestros verdugos, una gran cruz de madera, con esta inscripción en sus brazos:

«¡Homenaje de respeto á un mártir de la TIRANÍA!»

Muchos viajeros franceses han tenido el honor de ver en estos últimos años á la ilustre y heroica doña

Agustina. Uno de ellos, Mr. Benjamin Poucel, bien conocido por los grandes servicios que ha prestado á la ciencia y á la industria, ha obtenido de esta señora, no sin repetidas instancias, la relacion cuyo extracto acaba de leerse.

El sabio doctor Martin de Moussy, compañero de viaje de Mr. Poucel de las provincias del Norte de la Confederacion Argentina, tuvo á bien escribir al autor de estas líneas lo siguiente:

«Caballero: todos los pormenores que usted sabe sobre la estancia de la señora Libarona en las fronteras del desierto del Chaco, son de una intachable exactitud...

Yo mismo tuve la honra de ver á esta heroína del amor conyugal en agosto de 1857 en Salta, á donde se habia retirado con su familia; pero entonces no conocia yo sino muy incompletamente su admirable historia. Hasta algunos meses después y en Tucuman, teatro de los acontecimientos, no llegué á saber toda la verdad por boca de testigos presenciales. La historia tristísima de esta gran mujer, es por otra parte notoria en esta ciudad, cuyos habitantes se enorgullecen con razon de tener tal compatriota.

Doña Agustina Palacio de Libarona, no pasa de la edad madura, toda vez que solo contaba 19 años en 1841, época del destierro y muerte de su marido.

Actualmente, rodeada de los suyos, objeto de la veneracion pública, en el seno de una familia que la idolatra, la heroica señora disfruta un bienestar que no es sino la justa y merecida compensacion de los trabajos de su triste y dolorosa juventud. Pero la delicada modestia de tan amable y dignísima señora, siempre tan buena como bella, está muy lejos de amenguarse con una vanidad impropia de quien es capaz de tan valerosas virtudes.»

M. DE M.

DE KIEW A BEREZOW, MEMORIAS DE UNA DESTERRADA Á LA SIBERIA

POR MAD. EVA FELINSKA.

1839.

Uno de esos gemidos periódicos que advierten á Europa de vez en cuando que aun respira Polonia, atrajo, hácia fines de 1838, una recrudescencia de rigor sobre el malhadado reino; y la autora de esta relacion, Mad. Eva Feliuska, perteneciente á una noble familia de la antigua Ucrania, al par que otras jóvenes de su vecindad, sospechosas, como ella, de experimentar sentimiento y hacer votos por la perdida patria, fue comprendida en un ukase ó decreto de transportacion á la Siberia.

Sin mas preámbulo seguiremos sus huellas desde la antigua ciudad de Kiew, donde dejaba su hogar y todos los objetos de su ternura.

Salida de Kiew.

Dejé á Kiew el dia 11 de marzo de 1839. El sol resplandecía, el cielo era de hermosísimo azul; y sin embargo, no se habian derretido aun los hielos. Después de pasar el Dnieper, los caballos de mi trineo partieron á carrera tendida por el camino de Orel... Era el principio de mi triste viaje. A cada instante volvía la vista atrás para dirigir otra mirada á la que amaba, y dejaba, sin duda para siempre... A poco, ¡ay! Kiew desapareció, y mis ojos desolados se perdieron en el espacio: los ruidos de la ciudad no llegaban ya hasta á mí, y solo oía el sonido monótono de los cascabeles sujetos al cuello de los caballos, y el crugido de los muelles del trineo que se hundía en la nieve. Mis dolorosas y terribles emociones, el frio, la fatiga, me hicieron perder, por decirlo así, la conciencia de mí misma: estaba yo rendida, anonadada: no dormía, no vivía: experimentaba las angustias de un sueño espantoso.

Cuando nos deteníamos en alguna posada para mudar caballos, ó componer el trineo, trataba de reunir mis ideas; me esforzaba en fijar mi atencion en las cosas que me rodeaban; pero semejante trabajo era superior á mis fuerzas: mi cabeza que ardía, y cierto malestar indefinible, no me permitían ya concebir un pensamiento lúcido. El cambio de tiros se verificaba con increíble rapidez: apenas parábamos, nos poníamos otra vez en camino, y mi carruaje infernal proseguía su carrera al través de abismos nevados. Ni los elementos, ni los obstáculos, ni los peligros lograban moderar el ardor de los pos-

tillones: parecia que una fuerza sobrehumana nos empujaba hácia adelante.

Por espacio de dos dias viajé de esta manera: por espacio de dos dias no tuve un momento de verdadero sueño; mis miembros inmóviles y helados me hacían sentir horribles dolores, y en una parada me ví obligada á apearme del trineo, por ver si entraba un poco en calor por medio del movimiento; pero habia yo presumido de mis fuerzas, y caí casi desmayada sobre el primer banco que encontré. El postillon me llamó con su voz ronca; pero no tenia yo ya la voluntad de obedecer á mis carceleros: me habia convertido en una cosa inerte, sin movimiento y sin pensamiento.

El maestro de postas y un oficial ruso retirado, á lo que creo, me miraron con atencion; y la alteracion de mis facciones, la lividez de mi rostro, les inspiró alguna compasion, y dijeron á mi guardian: —Esa mujer está incapaz de continuar su viaje, y es necesario concederle algunas horas de descanso: vuestra conducta con ella es un abuso de poder.— Y leyeron en alta voz las ordenanzas concernientes á las personas de mi sexo y edad; las cuales modificaban los derechos del guardian sobre sus presos. Me aproveché de ello; y desde aquel momento fue menos penoso mi viaje.

Las primeras horas de mi destierro me habian parecido interminables: no sabia ya medir el tiempo: en mi mente se confundía la idea de los dias y de los siglos; pero el hombre se acostumbra á todo, al sufrimiento, al dolor; y aprende á vivir hasta cuando no tiene ya nada que esperar en la vida.

Al cabo de una semana, la resignacion, la esperanza en la infinita misericordia, la paz del cristiano habian restituido á mi alma la fortaleza que domina los dolores humanos. Mi espíritu, dueño de sí mismo, podia tomar ya algun interés en los objetos que se ofrecían á mi vista; y en esta disposicion mas tranquila atravesé una parte de la Gubernia, después Czerniechow, la ciudad de Orel, las estepas regadas por el curso sinuoso del rio Oka, y llegué á Tula.

Tula.

La ciudad de Tula es punto de parada. Me aproveché de ello para apearme del trineo, y entré en el